

Duendes y enduendados

Agueda Irene Rosero C.

EL PRESENTE TRABAJO es un deseo ferviente de avivar con ustedes la llamita vital que portan los duendes bajo su sombrero. Hay muchos riesgos, pero podemos procurar ver de primero al ensombreado mágico, y así prolongar, aunque por poco tiempo, nuestro enduendamiento.

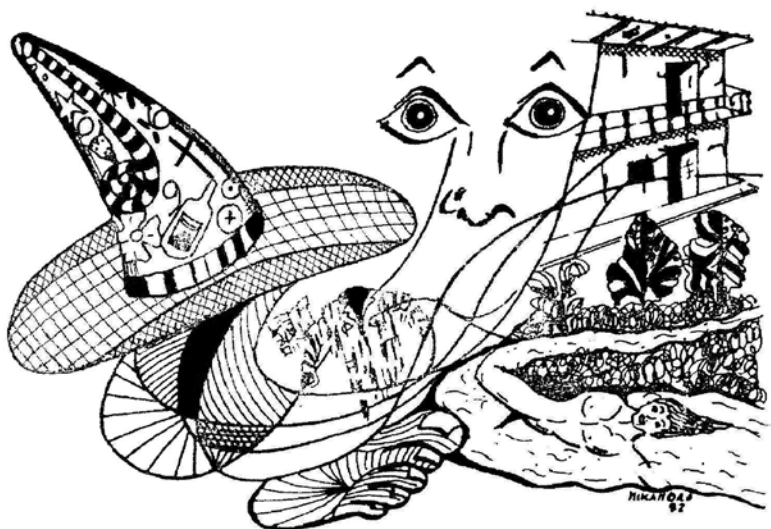
Cuando el calor del contar y la brillantez de los ojos del que cuenta, rebasan inconteniblemente, no se sabe qué hacer...

Soplar, vaivenear ineficazmente... Y después, mostrar lo que queda. Acasajar lo contado...

En Aldana (Nariño), don Ramón Caguasango nos contó...

Pueden ser las cuatro de la tarde o más, no sé. Está nublado y llueve torrencialmente. Nuestros sacos se empapan dulcemente y el agua corre juguetona por las calles. Atravesamos por el gotear de unos techos de teja. Llegamos a una casa de dos pisos, con sus balcones. En el primer piso están tres puertas: de izquierda a derecha, las dos primeras cerradas y en la tercera una rejilla metálica que está de par en par. Antes de apegarnos hemos quedado mirando cómo la gente entra y sale. Es una tienda.

Estamos ya adentro. Asoma la cabeza por entre un andamio don Ramón Caguasango: edad incalculable, sombrero café oscuro, cabello canoso, trigueño, estatura media... De entre su abrigada ruana gris, sale su mano derecha, pequeña y gorda, se extiende sin vacilar, saluda... Su abierta risa deja ver sus dientes postizos, pero bien puestos.



-Estoy enfermo -dice-, los médicos me han prohibido fumar y tomar guaro, pero cuando llegan los amigos, uno se siente curado... -Coge del mostrador una botella de Galeras, la destapa cuidadosamente y nos brinda un traguito para el frío-. Con la Rosa nunca supimos la hora precisa en que ese maldito duende se apoderó de la casa. Lo cierto es que una tarde que le dije a la Rosa que me buscara los papeles para ir el otro día a Ipiales a hacer la escritura de esta casa, ella al abrir el baúl donde los guardaba, los encontró todos hechos tasajitos, ninguno servía para nada... Ni cómo ir a Ipiales... Creímos que podían ser los ratones, pero no hubo tal, no había señas de estos animales.

Nosotros siempre tuvimos esta tiendita, y así como la ven, había en esa vitrina -señala la vitrina- unos cortes de tela para la venta. Un día sacudiendo el polvo, sacan las telas y también hechas tiritas...

Nosotros dijimos “esta si no es limpia” y empezamos a contar a toda la gente que venía por acá. Por la tarde lo sabía ya el padre Lara Ramos, párroco de entonces. El padrecito vino hasta aquí, nos hizo cerrar la tienda y nos dio un buen sermón. Nos dijo que estábamos endemoniados porque éramos unos pecadores. Nosotros nunca le hicimos mal a nadie,

por ese lado estábamos tranquilos... Así fueron pasando los días, la gente del pueblo, llegaba a eso de las seis. Fumábamos tabaco hasta bien entrada la noche. También llegaban por esos días, gentes extrañas que nos preguntaban sobre lo que acontecía, decían que para comunicarlo por la radio...

Un día decidí irme a Ipiales para hablar con el monseñor Alonso Arteaga Yépez, cuando la Rosa abre el armario para sacar mi ropa, encontramos que ese maldito duende había hecho tiritas los seis vestidos buenos que ahí estaban. Al tratar de sacarlos fue como si se desmoronaran, cayeron en pedacitos haciendo un montón de retazos. Ni a la Socorro, ni a la Rosa ni a yo nos dejó mudada buena, todo lo cortó parejito, en cambio a la Inés, al José y al Luis, nunca les tocó nada.

Un día la Socorro salía de la cocina y ya para cruzar el patío, -dice, señalando el lugar- pegó el chillido y cuando salimos corriendo a ver lo que pasaba, no vimos nada, sólo la chimba de la Socorro en el suelo. El duende se le había cortado... Ella se echó a llorar, pero ya ¿qué se podía hacer?

Para entonces me habían dado razón de un mago que vivía en la Encillada. Me fui a buscarlo. Al otro día regresé para comprar bastante aguardiente como lo había recomendado. A la tarde estábamos reunidos la familia y la gente novelera que había cogido costumbre de venir a esas mismas horas.

Llegó el mago y dijo que empezaran a repartir el aguardiente a toda la gente que estaba allí, hasta que todos quedáramos chumados, -harta plata se gastó en el aguardiente y eso que era del chiquito-. Entonces el mago empezó a dar machetazos por el aire, pero nosotros no víamos nada. El mago decía con rabia: ¿Quién te mandó venir acá ah? pendejo, salí de ahí, tienes que salir, velo éste desobediente, salí, salí de ahí, y no me obedezcas verás... Salí, salí...

Así peroró toda la noche, dando machetazos sin descansar. Ya al amanecer estaba sudando y trastrabillando. A las seis de la mañana se fue a acostar el mago, se fue a dormir; también se fue toda la gente. Algunos de los que estuvieron allí dizque llegaron a sus casas cortadas las esquinas de las ruanas.

Eso sí es cierto -dice don Benjamín Coral, que está con nosotros en la tienda-, me acuerdo que yo le presté esa noche la ruana santafé a mi sobrino Julio, y sí señor, cuando le veo al otro día, despuntada la ruana nuevita.

-¿Y vos qué fue lo que hiciste? -le digo-. -Nada -contesta-. Estuve donde don Ramón anoche...

A la noche siguiente dijo el mago que nadie debía beber ni una gota de aguardiente, y nuevamente cogió el machete y pegaba por el aire, repitiendo las mismas frases de la noche anterior.

Así fue como nos libramos del duende que nos tenía tristes. El mago nos dejó curando un poco y dijo que fuéramos a la Encillada para acabarnos de curar bien... Pero al menos yo le cogí miedo; iba a Ipiales o a Tulcán y no iba donde el mago, aunque éste me mandaba razones que vaya, decía que al menos yo no estaba bien curado y que el duende podía volver... Pero yo si no fui... Y hasta ahora no ha regresado, sólo que después...

Pero de todo esto lo que más lamento es haber botado las tiras y recortes de mis vestidos...

¡Es que uno sin saber!

Después vino a contarme un curandero de Pupiales, que esta clase de duendes es buena, y que cuando ya lo sacan de una casa y uno está curado, ellos vuelven para repararlo todo, pero cuando se lo ha dejado tal cual él lo dejó, sin tocarlo... De haber sabido, hubiera podido recuperar mis vestidos.

Por la vía que de Guachucal conduce a la población de Aldana, por carretera destapada, a escasos kilómetros de Guachucal, encontramos la hacienda "Los Chilcos". En las cercanías del lugar, vive don Dositeo Pérez, quien nos relata:

El Antonio "Putuchill"¹ era un joven buen mozo, fue criado por los patrones. Era el mandadero de la hacienda. En las mañanas madrugábamos para coger los caballos, después había que esperar las órdenes del patrón: unas

1. Apodo dado al Antonio, después del enduende.

veces ir al pueblo, trabajar con la pionada en la sementera: sembrar, alzar tierra, cosechar... Así pasábamos la vida. Al Antonio le tocaba a eso de las tres de la tarde, ir a achicar² todos los días.

Un día lo veo al Putuchill que andaba como medio raro, así como sonso, ensimismado. Ya no era el mismo. Le digo ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?... No contesta nada. Tiene la vista airada y fija. No me ve ni me oye.

Desde ese día empecé a ponerle cuidado a sus movimientos. Así mismo seguía y a veces empeoraba. Estaba tan decaído que cada que lo mandaban a achicar se demoraba más que de costumbre. Cuando yo lo iba a ver, lo encontraba dormido al filo de la quebrada, así como enroscado y profundo... Lo despertaba para que fuera a la casa, pero él, a tanto sorneguiarlo, medio abría los ojos y parecía ni fijarse en yo. Tenía que llevarlo arrastrado, siempre por la fuerza...

Un día le dije a doña Carmela: patrona, el Antonio anda mal, no quiere avisar qué le duele, a lo mejor le dio el cueche o el malaire, porque siempre anda metido ya tarde en las matas de cherches y moras de la hileras.

Tal vez -contestó- Hay que traerle unos remedios de Ipiales.

Así fueron pasando los días. Han de ver sido unos tres meses más tarde, cuando me fijo que en el Putuchill, se había despertado una fuerza brutal -y eso que ni comía ni dormía, solo los ratos que se quedaba dormido en la quebrada una madrugada cuando como de costumbre nos levantamos a coger los caballos, él me cogió la delantera, soltó a correr por el potrero con los perros. Cogió a los caballos por la cola, los detuvo de esa manera y me los espero así hasta que yo llegué con las enjalmas, y eso que los cabellos eran serrerísimos...

Un día llegó un hermano de doña Carmela, con el fin de pasar unos días en la finca; entonces nos mandaron con el Putuchill a acomodar el cuarto, El Putuchill entró primero y cuando iba a entrar yo, cayó una cantidad de tierra del soberado, que no pude entrar al mismo tiempo. Pensé que

2. Apartar las crías de las vacas.

podían ser los gatos, pero no... Comprendí que sin duda era la duenda, porque al Antonio le dio por quedarse embelesado, tenía los ojos desorbitados, se tornó desde ese día agresivo, callado. A toda hora, incluso de noche, quería bajar a la quebrada. Se necesitaban más de dos personas para sostenerlo...

Desde ese día quedé yo al cuidado y vigilancia del Antonio...

Cada día era más difícil mantenerlo en el cuarto. Cuando yo me descuidaba, ya estaba en la quebrada, y si no, lo iba a encontrar prendido de cabeza en unas matas de alfalfa que quedan aquí a la vuelta. Esos eran sus dos lugares favoritos. Yo ya no podía salir ni a trabajar ni a nada, porque debía estar siguiéndole los pasos al Putuchill. Últimamente se había enflaquecido y tomado un color amarillento, sólo quería estar durmiendo.

Me tocaba en las noches dormir con él, como con un guagua chiquito, porque sino la duenda venía a sacárselo y era entonces cuando él cobraba una fuerza tal que yo no me bastaba para sostenerlo, terminaba venciéndome.

Una noche como de costumbre la dio por irse. Le tranquilé la puerta pero le llegaba una desesperación por salir, decía que lo llamaban. Esa vez por salir le metió una patada a la puerta, que la desastilló, quedó una hendidija chiquita y por allí se escurrió. Cuando pensé ya estuvo afuera y echó a correr a la quebrada.

La verdad, tantas malas noches que yo pasaba, me tenían cansado. Le dije al patrón que hiciera algo, que yo ya no respondía, que en vez de ser el Antonio una ayuda como había sido, se había convertido en una carga insoportable.

Por esos tiempos le habían dado razón a don Carlos de la existencia de un curandero de Otavalo que estaba en Guachucal.

Llegó el curandero un día, hizo que lo sostuviéramos entre tres personas, para poder examinarlo.

Dijo que era la duenda que estaba a punto de cargárselo. Ordené que inmediatamente lo mantuvieran al enfermo en

un cuarto oscuro, encerrado; mientras que íbamos e buscar los remedios. Pidió que machacaran harto ajo macho, y que sacrificaran una oveja negra.

Todo lo hicimos como él mandaba.

Dijo que en el cuarto oscuro, nos encerráramos: yo, el Antonio y él, para la curación. Lo hizo desnudar completamente. Luego en un platón grande vació toda el agua cocinada con las yerbas. Lo bañó por largo tiempo. Luego lo cubrió con una capa de ajo machacado. Abrió la puerta y gritó que ya era hora de sacrificar la oveja negra. Mientras tanto decía cosas en voz baja, que yo no le alcanzaba a entender. Cuando golpearon la puerta para pasarle el cuero sangrante y caliente, el curandero lo recibió, lo cogió de una puntica, alzándolo lo que más pudo, lo cubrió todo el cuerpo, desde la nuca hasta los pies. Pidió una aguja arriera con pita y empezó a coser el cuero, ajustándolo muy bien al cuerpo. Una vez que estuvo listo le dio a beber tres bocados de la misma agua del platón con la que antes lo había bañado. Me dio a beber a yo otro tanto. Dejándolo ahí encerrado salimos. Hizo poner en la puerta del cuarto unas cabezas de ajo y unas yerbas de gallinazo... Ordenó que le dieran agua pura, tres veces al día, que él volvía dentro de tres para terminar la curación.

Así fue, yo era el encargado de pasarle el agua. Al otro día salía del cuarto una hediondez horrible, como ha podrido... Uno tenía que taparse les narices para medio asomarse...

Cumplido el tiempo volvió el curandero. Lo llevó a la quebrada donde se quedaba dormido. Le quitó el pestilente cuero, hizo que se bañara de espaldas a la corriente, sin voltiar a ver... Hizo arrancar de raíz la mata de alfalfa, lo azotó con las mismas ramas y dijo que le pasaran toda la ropa nueva, sin estrenar, para que se vistiera. El cuero se fue quebrada abajo...Fue así como se curó el Putuchill...

-Me gustaría hablar con don Antonio -le digo- Uh.. Al Antonio no le gusta que le mencionen esa vaina, dice don Dositeo...

Los Chilcos, noviembre de 1989

Tasajador por excelencia, trenzador, burlón, travieso, gran jinete, jugueteón... Así destella el duende en nuestra cotidianidad. Corta parejito lo encarnado en armarios y baúles y se deja seducir por cabelleras abundantes y largas...

Dueño de soberados, quebradas, bosques y casas, el duende se desliza por nuestro reflexionar, conservando su vitalidad cristalina que salta de piedra en piedra, de golpe y golpe de tambor. Con su olor de humo a cuevas. Con su tabla de pelota en mano. Con su música hechizante, mantiene el calor de su cuerpecito, cubriendo su cabeza con el sombrero alado y blanco.

En algunas versiones la duenda aleja en la barquilla del sueño a su amado para transportarlo a un mundo mágico-melancólico: “Cuando yo lo iba a ver, lo encontraba dormido al filo de la quebrada, así como enroscado y profundo...”

El duende es el Gran Jinete; galopador del caballo de la verdad. Lo corretea hasta dejarlo sudoroso y agobiado, logra asirlo por la cola, Detenerlo, para luego abandonarlo al amanecer de un nuevo día. El duende pretende un sacudimiento extraño que posibilite el rompimiento de las ataduras, como condición para correr de nuevo.

El duende es la persona que atraviesa el umbral de la normalidad cotidiana. Ahora emprende el camino de la errancia, sólo quiere permanecer dormido a los ojos de la razón, pero humedeciendo con el agua de la quebrada sus sueños.

Estar enduendado es la posibilidad misma de crear, descubrir hendiduras y rendijas por donde entre un ráfaga de luz, una fuerza potenciadora que nos excluya de los recintos cerrados donde hemos anclado nuestro espíritu.

Duendecito Andino: salto de agua sonora y cristalina que refracta pequeñitos encantados rebotantes, que al mirarnos, hacen que nos llusamos por entre hendiduras no vistas ni trazadas, y habitemos a partir de entonces en los húmedos repliegues de este vivir relampagueante.

Duendecito Chutarejo y Zarco: con el respirar vibratorio del mundo, las alas de tu sombrero blanco entonan cálida-

mente una música que golpea presurosa nuestros corazones, y que cuando le abrimos la puerta, nos deja justo al filitico del mundo, allí: entre la luz encandiladora y la penumbra total; en ese lindero entre la seguridad del suelo “firme” y al terrorífico abismo que parece seducirnos con su hondura.

Chiquitico y travieso, el duende chinchimiriquea nuestros órdenes, en una suerte de abalorios, que reflejan nuestros múltiples gestos de perturbación y desamamantamiento primordial, pero, a la vez, esos cristalitos dispuestos azarosamente, iluminan los subterráneos caminos que empiezan a abrirse para el enduendado.

Allí donde la normalidad baulezca se desmorona, allí donde todo lo parejo se hace añicos, en el instante mismo que nos sentimos mermados y roídos, somos seducidos por la risa fascinadora que seduce y perturba al mismo tiempo... Y ahora que andemos por solitarias quebradas e intrincados bosques, ahora que amamos esta linda casona de amplio soberado, dejémonos iluminar por el fulgor duéndico que irrumpe como irresistible parasol de todo caminante.